



Me equivoqué. Quise hacerlo demasiado bien, y solo soy el “Director”

Después de mi carta de Navidad, algunos, preocupados, me han preguntado por mi estado de ánimo y mi disposición a seguir adelante. Mi respuesta ha sido siempre que ¡SÍ! Pero, para que quede aún más claro a todos, os diré que estoy muy animado a seguir como Director y a trabajar por el colegio por varios años más mientras mis superiores quieran. Eso no quita que algunas cosas del colegio no me gusten: me afectan y se me nota. Pero seguiré actuando a mi estilo: afrontar los temas, no esconderlos e intentar solucionarlos.

Cuando llegué al colegio me dieron dos consejos que tengo siempre presentes. Juan Antonio, profesor y amigo, me dijo: “Ten la puerta del despacho siempre abierta”; y Paco Robles, amigo sevillano: “La mejor experiencia para dirigir un colegio es el corazón. De eso estás bien despachado” (lo tengo escrito y enmarcado en mi despacho y me he comprado un corazón pequeño para tenerlo entre mis manos).

Desde el momento en que me dijeron que era el Director del colegio, he trabajado muchísimo y con muchísima ilusión por él, y, lógicamente, por todos vosotros, que sois los verdaderamente importantes. El primer curso sí que tenía la conciencia de “ser y hacer de Director”. Era muy necesario escuchar, informarme, hablar y decidir. Fue durísimo, y recordad que yo nunca había trabajado en un colegio. Pero, poco a poco y con vuestra ayuda, creo que lo he hecho bien, aunque seguro que con algún error y fallo.

En este segundo curso comencé con otro método. Y ahora reconozco que me he equivocado, pues quise ser, además de “Director”, amigo para los alumnos, compañero para los profesores y personal no docente y consejero para los padres. Y eso es imposible; no puede ser: soy el “Director”, me guste o no. Hace unos días, hablando con Fernando, profesor de secundaria y amigo, me dio la razón de mi equivocación. Y luego, Juan Antonio otra vez acertó en su consejo: “¡Basta con que seas un buen Director!”.

Con los alumnos me he equivocado por mi experiencia de muchos años en pastoral juvenil y como formador. Pretendía compartir con ellos mi vida, experiencias y conocimientos como amigo. Y eso no es posible ni bueno, al menos en horario escolar. Y si, además, me ha tocado a mí ser el “malo de la película” poniendo orden y disciplina, entonces es imposible. Yo puedo ser para ellos un Director “cercano”, pero siempre seré “el Director”.

Con los profesores y personal no docente me he equivocado al pretender ser un compañero más. Les he escuchado mucho, hemos reído y llorado juntos, hemos trabajado y nos comprometido ante dificultades y cambios. Pero además me ha tocado como Director decir “¡no!”, corregir y tomar decisiones desagradables. Y, también, por qué no decirlo, hacerme el despistado y tonto alguna vez. Y todo eso crea unión o desunión.

Con los padres me he equivocado al poner por delante mi experiencia como fraile y sacerdote al pretender aconsejar sobre la “vida de sus hijos”, lo que verdaderamente es importante para que sean felices y advertirles sobre lo que me quita el sueño: los futuros peligros a los que se van a enfrentar, la falta de preparación para afrontarlos e intentar solucionarlos y que por eso buscarán medios nocivos de evasión y huida. Ante estos comentarios, a veces se prefiere desviar el tema a cosas más funcionales y académicas.

Mientras se tiene un cargo o una responsabilidad, la relación con los demás está influida por esa realidad, y cuando termina, la relación personal vuelve a cambiar. Es imposible que no suceda así. No me gusta, pero lo acepto, viene con el cargo. Un padre tiene que ser un padre para su hijo, no un amigo ni un colega. Igualmente, un Director tiene que ser un Director para todos. Pero eso sí, con un estilo que favorezca acercarse a los alumnos como si fuera un amigo, a los profesores y personal no docente como si fuera un compañero y a los padres confiando en su consejo. Parece lo mismo, pero no lo es, pues así la iniciativa viene libremente de vosotros y eso nunca crea barreras, celos y rechazos, sino unión y colaboración. He aprendido la lección e intentaré ponerla en práctica, aunque sin renunciar a mi estilo. Y, por favor, no olvidéis que fuera del “horario escolar” simplemente soy Pedro Enrique, fraile capuchino y sacerdote, y que siempre estoy a vuestra disposición.

Termino: ¡estoy bien! Preocupado por algunas cosas y muy animado a seguir trabajando por todos vosotros.

Continuará el próximo mes... rezad por mí. Gracias.